papel educador de la escuela respecto a la higiene y recuerda las revistas especiales antimaláricas italianas, así como las escuelas de malariología, en particular las ambulantes. Son los maestros los que se encargan de difundir los conocimientos para combatir el paludismo. En cuanto a las demás medidas, como el rociar con petróleo las charcas, han sido objeto de crítica, por suponer que el ganado se envenenaría al beber en aquéllas. Puede recurrirse además al replanteo, salvo en las zonas donde el mar tiene un nivel superior al de la tierra. Hay costumbres nocivas, como la de la siesta a la sombra de un árbol, pues entonces se carece de medios de defensa contra la picadura del mosquito. Entre los últimos merecen recomendarse los guantes y las botas. Igualmente deben colocarse redes metálicas en las puertas y ventanas. Gracias a tan sencilla precaución, no hay moscas en New-York en todo el verano. Los empleados en las zonas palúdicas deberán emplear careta metálica y los obreros tomarán la quinina a dosis preventiva (0'20 a 0'30 gr.). Será conveniente aislar a los enfermos y hacer obligatoria la declaración de su enfermedad.

Silueta de don Antonio de Gimbernat

Nació en Cambrils (Tarragona) el 15 de febrero de 1734.
Murió en Madrid el 17 de noviembre de 1816.

No es mi propósito hacer la biografía de don Antonio de Gimbernat, que si tal fuera, bastaría copiar algunos datos de la «Sucinta noticia» que acerca del mismo publicó su hijo don Agustín, editada por la casa Sierra y Martí, de Barcelona, en 1828, de la que han copiado *ad pedem literae* sus biógrafos, en diccionarios y folletos, los datos referentes al mismo. Tampoco me propongo hacer su elogio, pues sería una forma defectuosa de dar a conocer su personalidad presentar una serie inacabable de alabanzas. Mi objeto es trazar su silueta, pues creo que cuando se trata de figura de la consistencia que la suya tenía, las sombras que puedan dibujarse contribuyen a dar mayor relieve a sus trazos vigorosos. Así pues, me propongo presentároslo por sus cualidades más salientes, o sea: como trabajador, como observador, como inventor, pensador y organizador, y añadiré un apéndice en que le estudiaré bajo un aspecto que apenas se le ha considerado: como oculista.

Gimbernat fué un trabajador.—Salido de humilde origen, de una familia de campesinos, estudió primeras letras en la escuela del pueblo de Cambrils, y como despuntase por su inteligencia de entre sus condiscípulos, un humilde sacerdote de aquel pueblo se convirtió en su Mecenas, ayudando a sus padres para que pudiese estudiar Latinidad en la inmediata villa de Riudoms; y como en este estudio mostrase sus excelentes aptitudes, le envió más tarde a estudiar Filosofía en la Universidad de Cervera. Allí, sin duda, se orientó su talento hacia las Ciencias Naturales, porque al regresar a su casa en 1756, cuando cumplía los 22 años, marchó a estudiar Cirugía al Real Colegio de Cádiz (fundado por don Pedro Virgili en 1748).

Que fué un trabajador, lo indica, que en 1762, cuando tenía 28 años, fué nombrado Catedrático del Real Colegio de Cirugía de Barcelona (fundado en 1760 por el mismo Virgili), y según datos aportados por su hijo, fué su afición primordial la práctica asidua de la disección, pues decía que era el mejor autor que podía consultarse para saber Anatomía.

Mucho debió distinguirse en el ejercicio de la enseñanza, cuando el rey Carlos III le designó para que, con don Mariano Ribas, cirujano de la Real Armada, fuera a París, Londres, Edimburgo y Holanda a estudiar la organización de la enseñanza quirúrgica, con el propósito de encargarles de la fundación de un Colegio de Cirugía en Madrid.

Su permanencia en el extranjero duró varios años, de los que empleó tres en París y los restantes en los demás centros indicados, estudiando en Londres la Anatomía con Hunter, la Materia Médica con Saunders y la Cirugía con Crane, Els, Lucas, Pott, Sharp, Smitt y Young.

Que fué un trabajador, lo demuestra la lista de sus escritos, tomada de la «Sucinta noticia» que da su hijo, y de algún otro autor que ha colmado alguna omisión que aquel sufrió, y que aquí intercalo para su divulgación; y también lo corrobora otro detalle conmovedor que nos da su hijo, al referir que, cuando en sus últimos años fué cegando a consecuencia de cataratas, «veíasele muchos ratos armado de un tubo que recogía los rayos de luz reflejados de los objetos, y de esta suerte se dedicaba a la lectura»; y que más tarde, cuando perdió la razón (en forma de demencia senil, a juzgar por las

referencias que da su hijo), su preocupación constante era la elaboración de planes desconcertados y discursos vagos, ecos remotos de la incesante actividad de aquella voluntad de hierro.

1.º *Manuscritos* llegados a manos de su hijo don Agustín:

1763 Discurso sobre la Anatomía (Real Colegio de C. de Barcelona).
1764 Idem, ídem (Real Colegio de C. de Barcelona, 3 diciembre de 1764).
1765 Observación de un absceso del hígado en una mujer.
1772 Notas anatómicas.
1773 (11 de junio). Observación sobre operación de talla en un chico de 13 años.
1787 Informe sobre el mal método de administrar las unciones en el Hospital de San Juan de Dios, en Madrid.
1789 Tratado de las enfermedades de los huesos, para las lecciones del Hospital de San Carlos.
1790 Nuevo arreglo del R. Colegio de Cirugía de Barcelona.
Reglamento para los practicantes del Hospital general de Barcelona.
1801 (25 octubre). Contestación confidencial (a S. M.) a los reparos que le pusieron a su Ordenanza general de Cirugía.
1807 (13 julio). Plan de reforma de la constitución y estudio de las tres facultades del arte de curar.
Contestación a la representación que la Administración del Hospital de Santa Cruz de Barcelona dirigió a S. M., pidiéndole la derogación de algunos artículos de la nueva ordenanza de aquel Colegio de Cirugía.
Dictamen sobre el proyecto de Colegio de Cirugía en Pamplona.
Voluminosos cuadernos referentes a sus observaciones en las Clínicas extranjeras, entre ellas uno con «Notas prácticas de las operaciones de Cirugía en el Hospital de San Tomás de Guy, y de San Bartolomé de Londres» en 1776 y 77. En ellos menciona 47 operados por él de catarata en los años 1786, 87 y 88, de los que 41 recobraron la vista.

2.º Los escritos que *imprimió* fueron los siguientes:

«Nuevo método de operar, en la hernia crural» dedicado a S. M. Carlos IV.
Disertación inaugural «Sobre el recto uso de las suturas», Madrid, 1.º octubre 1787.
Disertación «Sobre las úlceras de los ojos que interesan la córnea transparente», año 1802.
«Formulario quirúrgico para el uso del Hospital general de Madrid.»
«Ordenanza que de Real orden formó para el Real Colegio de Cirugía de Barcelona.»

Para un hombre que vivió en una época tan poco propicia a la divulgación de los trabajos referentes a las Ciencias Naturales, este balance supone una gran dosis de energía y de entusiasmo, y constituye el mejor elogio que pueda hacerse de él.

Gimbernat fué un observador.—Que fué observador, lo indica su constante y decidida afición a disecar, hasta tal punto, que de él dijo Carlist, famoso anatómico inglés: Que cuando joven disecó más cadáveres que otro alguno anatómico de Europa.» Pero no se limitó a disecar para el más perfecto conocimiento de la Anatomía, sino que investigaba en el cadáver las lesiones anatómicas para deducir consecuencias que le ilustrasen en el ejercicio de la práctica quirúrgica; y esto lo demuestran las consideraciones que dedujo al hallar en el cadáver de una mujer un absceso hepático (V. su escrito de 1765), y al afirmar que dichos abscesos son muy comunes y que deben abrirse cuando contraen adherencias con el peritoneo, pues en tal caso es más benigna la operación, y añadiendo que la incisión ha de ser muy amplia. Lo demuestra asimismo las que hizo a propósito de un reflejo blanco que observó disecando en el «Hôtel-Dieu» el cadáver de un joven, en el que según él *la retina estaba osificada*, y esto le indujo a proseguir la disección hacia el cráneo, y comprobó «que el nervio óptico estaba igualmente dañado hasta su tálamo, pero el nervio del otro lado estaba sano, lo que prueba que los nervios ópticos no se cruzan»; errónea afirmación, perfectamente disculpable en quien carecía de los recursos que hoy pone a nuestro alcance el Laboratorio.

Demuestra también su instinto observador otro error sufrido por él al defender la probable comunicación directa del estómago con la vejiga urinaria sin el intermedio de la sangre, inclinándose a creer que la establecían «unos finísimos vasos, de la naturaleza de los linfáticos, que salen del estómago junto al píloro e intestino duodeno, y bajan recostados a las vértebras lumbares y hueso sacro, y penetran la vejiga en su parte posterior e inferior junto a la embocadura de los uréteres»; a cuya afirmación siguen otras varias que están muy distantes de la verdad hoy en día conocida, pero que demuestran que a pesar de sus censuras referentes al estudio de la Filosofía escolástica para la mejor interpretación de los hechos observados en el estudio de las Ciencias médicas, no la había olvidado por completo; si bien a renglón seguido recurre a la lógica con el mayor buen sentido, y dice: «¿Se ha descubierto algún conducto excretorio en la glándula tiroides, en la timus, ni en la pinis? ¿Podemos, por esto, afirmar que no lo tienen?»

Pero donde queda evidenciado su carácter observador, es cuando afirma que el autor más favorito suyo es el cadáver humano, y cuando dice en su cuaderno de Anatomía: «El cuerpo humano es el libro natural de que no me apartaré un punto; y siempre lo preferiré a cualquier autor, aun el más esclarecido, y de éstos seguiré a aquel que menos se aleje de este libro.»

Su prurito de observador, y cual fuera su estado mental a la edad de 78 años, lo da a comprender un hecho lamentable ocurrido a las pocas horas de haberle operado las cataratas don José Ribes, Vicedirector del Colegio de San Carlos, y que refiere así su hijo: «La noche del día que se operó, se quitó él mismo el vendaje y quiso probar si veía bien de ambos ojos, con cuya inconsiderada probatura malogró el buen éxito total de la operación, conservando únicamente un poco de vista en un ojo.»

Gimbernat, fué un pensador, y lo demuestran las consideraciones que hizo a propósito de los informes que emitió respecto a la ordenación de los estudios quirúrgicos, en los que se opuso al estudio de la Filosofía escolástica, «que poco sirve para el estudio de la Medicina» (son sus palabras), abogando en cambio, con insistencia, por la instauración del estudio de las matemáticas y de la física experimental, pero no se opuso al estudio del latín, porque era el idioma de la gente culta, por el que se facilitaba el comercio de ideas y el conocimiento de los adelantos de los diferentes países.

Como secuela de su talento observador y reflexivo, resultó *Gimbernat, inventor y organizador*. Que fué *inventor* lo confirma su operación de la hernia crural, como consecuencia de su decubrimiento anatómico del ligamento que lleva su nombre, y que hizo público el 25 de abril de 1777 en el Anfiteatro de Anatomía de Londres, en la Cátedra de Hunter; sus consejos acerca la operación de los abscesos del hígado; su operación del hidrocele por la doble punción, y además, el anillo ocular para asegurar la operación de la catarata, las algalias para introducir los sedales en la curación de las rijas; su litótomo y catéter a dardo para la operación de la talla; su compresor para curar los aneurismas y para sangrar en la yugular; su extractor de cuerpos extraños del oído, y algún otro menos importante.

Donde sobresalió fué, si cabe, como *organizador*, y lo demostró en el plan de organización del Real Colegio de Cirugía de San Carlos, aprobado en junio de 1783, que elaboró en colaboración con don Mariano Ribas, aunque la inauguración de los estudios tuvo lugar en 1.º octubre de 1787, y que gozó desde sus comienzos de tal renombre, que los catedráticos de Medicina de Londres pidieron a su gobierno que estableciese una escuela en dicha ciudad igual al Colegio de San Carlos.

Mucha debía ser su fama de organizador, cuando en junio de 1790 se le encargó la reforma de la ordenanza del R. Colegio de Cirugía de Barcelona, que no entró en vigor hasta 1793. En ella dispone que los catedráticos enseñasen siempre una misma materia, y propuso que los ejercicios de oposiciones se concretaran a la materia de la cátedra que pretendían. Combatió igualmente la división en clases de los Cirujanos, que era por cierto de lo más original, pues se les exigía nueve exámenes para ejercer en Barcelona, cinco exámenes para las ciudades que no tenían comunidad o colegio de Cirujanos y dos para las poblaciones de corto vecindario. Será curioso notar que había dos clases de cirujanos: latinos y romancistas; aquéllos eran los que tenían estudios preliminares de latinidad, y éstos los que carecían de ellos; pues bien, estos pobres diablos estaban clasificados a su vez en dos categorías; en la 1.ª figuraban los que sufrían dos exámenes, y estaban autorizados para ejercer en los pueblos que no tenían comunidad de Cirujanos; y en la 2.ª figuraban los que sufrían un examen, y sólo podían ejercer en pueblos de menos de trescientos vecinos.

Debió resultar beneficiosa la organización adoptada por Gimbernat en Madrid, cuando en 1799 se establecieron los Colegios de Burgos y de Santiago según el modelo del de San Carlos.

En 1803 evacuó un informe que se le pidió, aconsejando se estableciese en Madrid el estudio de la Anatomía comparada, y la formación de Colecciones anatómicas, como la de Hunter, consejo este que se puso en práctica, y en poco tiempo se formó una excelente colección, debida a su trabajo y a su entusiasmo por la enseñanza práctica.

En 1807 evacuó otro informe en el que aconsejaba que volvieran a reunirse en una sola las tres ramas del arte de curar: Medicina, Cirugía y Farmacia, lo que confirma el alto concepto que tenía de la ilustración necesaria para el perfecto conocimiento de las Ciencias médicas.

Gimbernat como Oculista.—Aunque no se ha considerado a Gimbernat como Oculista, lo cierto es que algo hizo como a tal, según demuestra el índice de sus escritos, entre los que constan dos que lo acreditan: me refiero a las notas manuscritas que halló su hijo Agustín, en las que se refiere a 47 operados de catarata en los años 1786, 87 y 88, de los que 41 recobraron la visión; y su opúsculo «Sobre las úlceras de los ojos que interesan la córnea transparente», publicado en 1802. Es esta una Disertación a la Academia de Medicina de París en 1800, en la que dice que expone su experiencia acerca de las úlceras crónicas de la córnea, en más de 40 años de práctica, lo cual evidencia que siempre se ocupó de las afecciones oculares.

En dicho trabajo sigue un plan muy lógico, pues dando suelta a sus aficiones anatómicas, dice que «antes de esponer los caracteres distintivos de las úlceras de la córnea transparente, conviene dar una idea exacta de la extructura particular de esta parte del ojo», que pasa a describir, en cuya descripción pone de relieve su fino instinto de observador, aunque después, al entrar en el terreno de la patogenia, sufra errores de mucho bulto, en consonancia con las ideas dominantes en su tiempo; pero más adelante, al describir el síndrome, vuelve a manifestarse buen observador, por las minucias que aporta al diagnóstico diferencial.

Al ocuparse del tratamiento, dice que en las úlceras transparentes emplea los *sulfates* (vitríolos), que es precisamente un tratamiento de estos tiempos para dichas úlceras cuando en ellas se halla el diplobacilo de Morax-Axenfeld, y aquí sería del caso decir, que «Multa renascentur quæ jam œciderant», pues son muchos los conocimientos antiguos que, vestidos con traje de la época, vuelven a merecer el favor del vulgo y aun de los doctos.

Además de sus escritos referentes a las enfermedades oculares, le acredita como oculista su invento del anillo ocular (que por cierto era poco genial) para facilitar la operación de la catarata.

Pero no fueron todo flores lo que halló en su camino Gimbernat, porque su excepcional mérito hubo de acarrearle sendos disgustos como ocurre siempre en tales casos, pues es una verdad axiomática que todo el que se eleva sobre el nivel común debe sufrir los embates de la envidia, achaque muy humano, pero que en nuestro caso debió alcanzar grandes vuelos a juzgar por la obra que se creyó en el caso de escribir su hijo para sincerar la memoria de su padre.

Alguien ha dicho que la inteligencia en los hombres vulgares es la candileja que alumbra su camino, al paso que en el hombre cumbre es el luminoso faro que señala la senda que debe seguir la Humanidad. Gimbernat, sin llegar a ser un hombre extraordinario por los destellos de su genio, lo fué en el sentido de señalar un gran paso en el progreso de las Ciencias Naturales en una época en que su cultivo estaba poco menos que abandonado; en señalar nuevas orientaciones pedagógicas y en instaurarlas, merced al predicamento que logró ante aquel monarca Carlos III, que tanto trabajó por el progreso material de sus súbditos.

La solicitud con que acudieron al homenaje organizado para honrar el primer centenario de su muerte los representantes de las Facultades de Medicina de Madrid, que a él le debe su fundación, y de la de Barcelona, que le es deudora de su reorganización, y el Cuerpo de Sanidad Militar del que llegó a ser Inspector (cargo anejo al de Cirujano mayor de la Facultad de Medicina de Barcelona) indica, que a pesar de los azares de la varia fortuna y de la envidia, el verdadero mérito se impone y al fin lo reconocen las generaciones futuras, viniendo a resultar un lema aplicable a todos los hombres de mérito verdadero aquel verso de Horacio, grabado en el pedestal del busto del insigne Virgili, fundador, por orden del Rey, de los Colegios de Cirugía de Cádiz y de Barcelona: «*Non omnis moriar, multaque pars mei, vitabit Libitinam.*»

Sesión del 26 de noviembre de 1916

PRESIDENCIA: DOCTOR CARULLA

Discurso leído en la sesión necrológica celebrada en honor del eximio académico doctor don Luis Comenge y Ferrer

POR EL DOCTOR DON RAFAEL RODRÍGUEZ MÉNDEZ

Preámbulo

EXCMO. SR. PRESIDENTE:

SEÑORES:

Tan grande ha sido la vida de Comenge, tan complejas y abundosas sus manifestaciones intelectuales, sentimentales y volitivas, que en justicia merecen, no un discurso, sí un libro de gran número de páginas; y merecen también un hombre de gran valimiento para el relato, no el que ocupa este puesto.